

—¿Por qué has huído tú de tener esposa é hijos si tan buena cosa es?—preguntó la anciana con acritud y como herida del último argumento de don Benigno.

—No he huído de tenerlos—repuso éste:—es que no hallé en mi camino ninguna mujer que fuese digna de ser mi compañera, ni que reuniera las condiciones que yo deseaba para la que llevase mi nombre; y luego, querida mía, he sufrido algunos amargos desengaños; al fin de ellos hallé á Dios: ¡bendita sea su santa Providencia y su augusta mano que me atrajo hacia Él!

—¡Aquí está mi hijo!—dijo la señora oyendo la campana del portero, que anunciaba la llegada de una persona.—Háblale y mira á ver si renuncia á esa mujer. Si no la abandona, que se case al instante con ella: ¿lo oyes? ¡al instante!

Y para no dar á don Benigno lugar de que le hiciese ninguna otra objeción, la Condesa de Revilla—pues era el título que llevaba la orgullosa prima del sacerdote—salió de la habitación.

## XI

Un instante después se oyeron los pasos ligeros de un joven, si bien en su modo de andar se percibía una timidez y una violencia como la que se emplea al entrar en la iglesia ó en un claustro.

Abrióse la puerta: el joven asomó la cabeza con recelo y miró al interior de la estancia.

Su figura era bella: en su semblante había todos los rasgos característicos de una naturaleza apasionada y vehemente; ardía en sus negros ojos el fuego de la juventud y de las pasiones, y en el ligero pliegue que se advertía á cada lado de su boca se veía retratada la firmeza, ó más bien la terquedad de una voluntad inquebrantable.

Al contemplar á la madre con su aspecto monástico y al hijo con el suyo violento y decidido, un pensador se hubiera estremecido por el presente y el porvenir del último: nada había en ambos de esa admirable semejanza que es hija de la íntima simpatía de la sangre y del cariño. Aquellas dos naturalezas se rechazaban, se repelían.

Era evidente y era también forzoso que la madre ordenase con despotismo, y que el hijo se rebelase con terquedad, aunque lo disimulase con hipocresía.

Y, sin embargo, aquella fisonomía, dura y contraída, se dilató, y se abrió, como una flor que recibe un rayo de sol, al ver al sacerdote.

Sus ojos se velaron con una lágrima de ternura; sin saberlo un largo suspiro de tranquilidad y satisfacción se escapó de su pecho, y sus labios se entreabieron con una bella sonrisa.

La nube negra de la hipocresía y del disimulo se disipó para dejar ver el cielo azul y puro de la hermosa juventud.

—¡Tío mío! ¡mi bueno, mi querido tío!—exclamó el joven estrechando contra su pecho al sacerdote;—¡gracias á Dios que puedo abrazarle á mi gusto! Ahora no está mi madre, y ya sabe usted que esta mañana sólo me permitió estrecharle la mano:

—No eres tú, hijo mío, el que halla más placer en que nos veamos solos—dijo don Benigno correspondiendo á las caricias del joven:—siéntate á mi lado, y hablaremos.

—Sí, sí: hablemos, querido tío.

—Tu madre acaba de salir de aquí—dijo el vicario,—y me ha encargado que me entienda contigo acerca de cierto asunto.

—¡Ah! ¡Ha salido ahora de aquí mi madre!—repitió el joven Conde de Revilla, en cuyo rostro se pintó la desconfianza.

Y casi en el mismo instante sus facciones se volvieron á encoger y cerrar como la sensitiva al aproximársele una mano ruda.

—Mi querido Federico—dijo con dulzura el párroco,—veo con gran pena que entre tu madre y tú no existe la mejor armonía, y esto es una cosa muy triste. Tú eres su hijo único: si no espera de tí respeto y cariño, ¿de quién puede esperarle?

—Cariño y respeto le doy, tío mío.

—Pero lo segundo en una dosis mayor que lo primero, ¿no es cierto?

—No lo puedo negar: mi madre es dura; yo activo; ella... madre; yo, hombre. Nada más tengo que decir á usted de lo que pasará entre los dos.

—¿Pero no amas á tu madre, hijo mío?

—La amo, y, sin embargo, no puedo olvidar que su carácter de hierro mató á mi noble y buen padre.

—Le hirió la muerte, porque Dios lo dispuso así.

—Mi madre le daba un pesar por hora, señor.

—Y bien, hijo mío: no eres tú el que debe pedir cuentas de eso á tu madre. Dios se las pedirá; entre tanto, sólo te toca obedecerla y respetarla.

—Ya la respeto y obedezco aún más de lo que usted puede pensar.

—Ahora voy á pedirte una prueba de ello. Tu madre desea que dejes unas relaciones que la hacen sufrir mucho, que hieren su conciencia y que, por lo mismo, le quitan el reposo.

—¡Jamás!—respondió Federico bruscamente.

—Y si yo te pidiese que las dejases, ¿qué me responderías?

—Que no podía complacerle.

—¿Por qué?

—Porque amo á esa mujer con toda mi alma.

—Hijo mío, es preciso que hagas un esfuerzo y que pruebes, á lo menos, á separarte de ella.

—¡Imposible, tío mío, imposible!

—Escucha antes de responder así. Esa mujer es hija de un hombre criminal: no puedo decirte lo que ha hecho; pero es un criminal, aunque arrepentido.

—Nada me importa.

—Su familia es muy humilde.

—Ya sé que Lucía es hija de labradores; pero labradores eran también nuestros primeros padres.

Esta filosófica respuesta hizo reir al venerable párroco, que prosiguió:

—Una hermanita suya ha quedado hoy colocada en el taller de una florista, porque su padre, á causa de sus muchos errores, se ve envuelto en la mayor pobreza: tanto es así, que tengo yo que mantenerle, y la niña quiere aprender á ganarse la vida.

—Yo la llevaré al lado de su hermana, para que tenga una existencia descansada y feliz.

—¡Al lado de Lucía, pervertida ya!—exclamó el sacerdote; —¡á ella, á Teresa, que es un ángel!  
¡Jamás!

—¡Lucía es tan buena, tío mío! ¡tan buena y tan hermosa! Nada perdería su hermana en estar al lado suyo.

—Eso es imposible por ahora, y á menos que no adoptes un segundo partido que te voy á proponer. Oyeme aún con un poco de paciencia, hijo mío: yo vine á Madrid con el padre de Lucía, que quería buscar á sus dos hijos mayores, que habían huído de su lado; no quise dejar solo al pobre hombre en tan ardua empresa, pues el arrepentimiento de sus errores era muy reciente, y temí que no fuese tampoco muy durable; acompañé, pues, al desventurado pecador, y su hija menor no quiso dejarle: aún no sabía de qué medios valerme para hallar á sus hijos, cuando vine á abrazar á tu madre, á la que hacía bastante tiempo que no veía, aunque me escribía con alguna frecuencia. Ella se me quejó amargamente de tus extravíos, y me nombró al objeto de ellos, que era justamente una de las dos pobres criaturas que buscábamos.

—¡Y qué, tío mío! ¿Acaso usted y el padre de Lucía quieren que se vuelva á su aldea?

—Sin duda.

—¡Ah, ah, ah!... ¡Vaya una idea peregrinal—exclamó Federico riendo á carcajadas;—¡irse ella otra vez al lugar! Ella, tan loca, tan alegre, que monta á caballo como la mejor amazona, que dirige un coche admirablemente, que sólo vive del lujo, de las galas, de los perfumes, de llamar la atención, en una palabra. ¡Ah, tío mío! Usted, que

ha sido un hombre de mundo, la verá y se vencerá de que, aunque yo quisiera abandonarla —y nada está más lejos de mi pensamiento,— aunque se la llevaran diez veces al pueblo, otras tantas se volvería á Madrid, donde tanto nombre tiene, donde en cada paso que da obtiene un triunfo.

—¿De modo que no piensas romper esas relaciones?

—No, señor.

—Entonces, cástate con ella.

El Conde miró asombrado á don Benigno.

—Te repito que te cases con ella—dijo éste:— tu madre lo desea; es más, te lo exige.

—¡Mi madre!

—Sí: dice que su conciencia estará más tranquila con que el matrimonio ponga fin á esas relaciones, que con que sigan como hasta aquí.

—¡Entonces empezaré desde mañana á disponerlo todo!—exclamó Federico.—¡Oh, dichal ¡Oh, ventural ¡Oh, felicidad sin límites!

—¡Desdichadol—repuso el sacerdote;—¿darás tu nombre, el nombre respetado de tu padre, á esa mujer?

El joven miró á su tío casi con terror, y bajó los ojos.

—Señor—dijo,—Lucía era pura cuando me conoció: vivía de un trabajo material, agobiador, horrible. Si cedió á mis ruegos, fué porque la necesidad le asediaba: su hermano se llevaba al juego hasta lo que ella ganaba con su aguja.

—Hijo mío—dijo el sacerdote con la dulce calma que le era habitual,—puesto que crees posible casarte con esa pobre joven, no quiero—por si acaso esto sucede—envenenar tu ánimo infundiéndote recelos para el porvenir; pero piénsalo bien, y considera que puedes, haciéndote á tí muy infeliz, hacerla también á ella completamente desventurada; piénsalo hasta mañana, y deja que hable yo á Lucía.

—¿Para persuadirla de que se debe ir con usted?—preguntó sobresaltado el Conde.

—Sí: no quiero negártelo.

—¡Oh, sublime valor el de la verdadera virtud! ¡Qué distinto eres del cruel ensañamiento de la santurronería!—exclamó el joven;—mas á pesar de la magia de su lenguaje, no temo á la persuasión de usted, tío mío: Lucía me ama.

—¡Ojalá, hijo mío, que puedas decir siempre otro tanto!

—Tome usted las señas de la casa en que vive,—dijo Federico dando á su tío una tarjeta.

—Reflexiona hasta mañana por la noche, Federico; y cuando venga á verte, respóndeme de un modo definitivo.

—Mi respuesta será rogar á usted que se espere para bendecir mi unión con Lucía.

Tío y sobrino se estrecharon la mano, y el primero salió para buscar la casa de la hija de Juan Pedro.